

CAPÍTULO V.

Levantándose, pues, una mañana al rayar el alba, que era el 24 de Diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la montaña de la Atalaya; lo cual era señal de que se descubría una embarcación en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traía alguna noticia de Virginia. El práctico, que según costumbre, había ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era *el San Gerando*, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitán llamado M. Aubin; que estaba cuatro leguas mar adentro, y no fondearía en Puerto-Luis hasta el día siguiente por la tarde, si el viento soplabá favorable, pues á la sazón

reinaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traía de Francia *el San Gerando*, entre las cuales había una con el sobre para madama de La Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enajenamiento, metióla en el seno, y corrió á la posesión sin detenerse un minuto; y desde lo más lejos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la Despedida, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decía en resumen á su madre, en dicha carta, « que había experimentado » muy malos tratamientos de parte de su » tía, la cual después de haberla querido » casar contra su voluntad, la había » desheredado por último, echándola de » casa en un tiempo en que no se podía » aportar á la isla de Francia, sino en la » estación de los huracanes; que ella » había procurado, aunque en balde,

» ablandar su dureza, representándole lo
 » que debía á su madre, y á los dulces
 » recuerdos de la niñez; pero que la tía
 » la había tratado de loca y mentecata,
 » añadiendo que tenía la cabeza perversa
 » con las novelas. Finalmente,
 » concluía la carta diciendo, que á la
 » sazón nada le interesaba tanto como la
 » dicha de volver á ver y abrazar á su
 » amada familia, cuyo ardiente deseo
 » hubiera satisfecho aquel mismo día, si
 » el capitán la hubiera permitido trasladarse
 » á la lancha del práctico; pero
 » que se había opuesto á ello, á causa de
 » la distancia de la tierra y de la
 » marejada, que no obstante la calma,
 » comenzaba á correr en alta mar. »

Leída que fué esta carta, toda la familia enajenada de gozo, comenzó á gritar:
 « ¡ Conque ha llegado Virginia! ¡ ha
 » llegado Virginia! » Y dándose mutuos abrazos
 amos y criados, dispuso madama de La Tour,
 que fuera Pablo á darme

parte sin tardanza de la venida de su hija. En efecto, encendió Domingo una hacha de viento, y se encaminaron los dos á mi posesión.

Serían como las diez de la noche cuando llegaron, á tiempo que yo acababa de apagar la luz y acostarme; pero al punto percibí á lo lejos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apenas me había levantado y vestido, cuando Pablo, sin aliento y fuera de sí, se me echó al cuello diciendo: « Vamos, vamos, que ha
 » llegado Virginia, vamos á prisa al
 » puerto, donde fondeará la embarcación
 » al apuntar el día. »

Inmediatamente nos pusimos en camino; y como atravesásemos el bosque de la Montaña Larga, para tomar el camino que va de las Pamplenas al puerto, sentí pasos detras de mí, y volviendo la cabeza, vi que era un negro que

venía hacia nosotros en mucha diligencia. Habiéndole preguntado ¿adónde iba con aquella apresuración? nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de Oro, á dar parte al gobernador de que un navío francés había anclado en la ensenada de la isla de Ámbar, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse más, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entonces mudé de dirección, y dije á Pablo que nos encamináramos á la punta de los Polvos de Oro distante de allí poco más de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echamos á andar los tres hacia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable; y la Luna, que acababa de salir, tenía en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de

los relámpagos, se distinguían largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban hacia el centro de la isla, y venían de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentía en la tierra el menor aire. Yendo nosotros caminando nos pareció que oíamos tronar de cuando en cuando; conocimos que eran cañonazos á lo lejos, y el aspecto de un cielo tempestuoso, me llenaron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcación que naufragaba. De allí á media hora ya no oímos más cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho más espantoso, que el lúgubre estruendo que le había precedido.

Nosotros acelerábamos el paso sin hablar palabra ni atrevernos á comunicarnos mutuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco más ó menos, llegamos muy sudados á la ribera del mar, donde está la punta de los Polvos

de Oro. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas distinguimos á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

Á poca distancia vimos una hoguera en el bosque, alrededor de la cual se había juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí mientras llegaba el día. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que después de mediodía había visto en alta mar una embarcación, arrastrada por las corrientes hacia la isla, y que la obscuridad de la noche se la había ocultado por algún tiempo; que dos horas después de puesto el sol había oído cañonazos en demanda de socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que

ninguna lancha había podido salir del puerto: que de allí á poco le pareció que había visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decía él) que atraída por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ámbar, equivocando ésta con la punta de Mira, por donde pasan las embarcaciones que arriban á Puerto-Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podía asegurar, el buque corría el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dijo que había atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del Ámbar de la costa, y aun le había sondeado; y que teniendo un anclaje excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto: « Yo depositaría en él, añadió, todo cuanto tengo, » dormiría á bordo con tanto sosiego » como en tierra. »

El tercero dijo que era imposible que

aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podían navegar las chalupas; y aseguró que le había visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del Ámbar; de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podría hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fueron de diferentes dictámenes, y mientras que altercaban entre sí, según la costumbre de los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecemos allí hasta la punta del día. Pero el cielo estaba tan obscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningún objeto, y sólo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dijeron era la isleta del Ámbar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el día era tan tenebroso, que no se percibía más que el extremo de la playa, donde nosotros estábamos, y algunos picachos de las

montañas de la isla, los cuales se dejaban ver de cuando en cuando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

Á eso de las siete de la mañana, oímos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador M. de la Bourdonnais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros, y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusilería. Apenas se hizo la descarga, cuando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo, lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente hacia el paraje donde se había oído el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navío, del cual estábamos tan cercanos, que, sin embargo del ruido de las olas,

oímos el pito del contraemaestre, que mandaba la maniobra, y las voces de la tripulación, que gritó por tres veces : ¡ Viva el rey ! porque este es el grito de los franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío *San Gerardo* nos vió en situación de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. M. de la Bourdonnais hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablones, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos acompañados de sus negros, con provisiones, y otros utensilios de esta naturaleza, que venían de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco y del río del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los más ancianos al gobernador, y le dijo : « Señor gobernador, toda la noche se ha oído

» un ruido sordo en las montañas : las
 » hojas de los árboles se menean en los
 » bosques, sin que se sienta ningún
 » viento, las aves marítimas se refugian
 » á la tierra : sin duda que todas estas
 » señales anuncian un huracán. »

« ¡ Cómo ha de ser ! respondió el
 » gobernador : venga lo que Dios quiera,
 » que á todo estamos dispuestos, y los
 » del navío también lo estarán por su
 » parte. »

En efecto, todo presagiaba la próxima explosión de un huracán. Las nubes que se distinguían en el zenit, eran en su centro de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia; y el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que, á pesar de la obscuridad de la atmósfera, llegaban de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se

oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua, acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: « ¡ El huracán ! ¡ el huracán ! » é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubría la isleta del Ámbar y su canal.

Descubrióse entonces claramente *el San Gerando*, con toda su tripulación encima de cubierta, bajadas las vergas y masteleros de las gavias, su pabellón ondeante y hecho jiras, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ámbar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la Isla de Francia, por cuyo paraje ningún otro navío había pasado hasta entonces. Presentaba la proa á las olas que venían de mar á dentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma, que se descubría toda la

quilla; y zabulléndose con este movimiento la popa, desaparecía á nuestra vista hasta las galerías, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posición en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde había entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venía á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rías y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros más de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose después, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacía rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento se embravecía por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta del Ámbar y esta isla, no era más que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas; aquellas

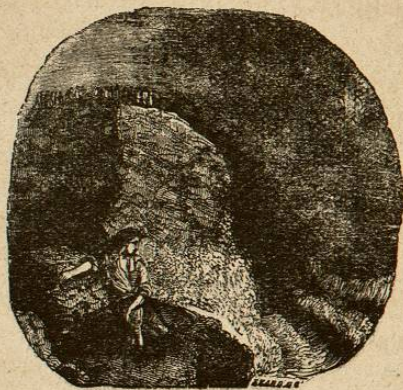
espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de más de seis pies, y el viento, que barría su superficie, las llevaba por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas más de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diría que era una nevada que salía del mar. El horizonte ofrecía todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecía que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el zenit con la velocidad de las aves, mientras que otras permanecían inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningún lado se descubría el azul del firmamento, y sólo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parada.

Con los terribles balances del navío,

sucedió lo que se temía. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entonces más que un grito general de dolor entre nosotros. Á este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije: « Hijo mío, ¿ quieres ir á perecer? » Á lo que exclamó: « ¡ Muera yo mil veces antes que dejar de ir á socorrerla! »

Como el sentimiento le privaba de la razón, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entonces Pablo hacia *el San Gerando*, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo, pues el mar en aquellos movimientos irregulares, dejaba el navío casi en seco, de modo que se podía andar á pie todo alrededor:

de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubría de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arroja-



ban mucho más acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apenas recobraba el miserable joven el uso de los sentidos, cuando se levantaba y volvía con nueva intrepidez hacia el navío, que los golpes de mar iban

abriendo por instantes con horribles crujidos. Toda la tripulación desauiciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas; y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entonces el objeto más digno de eterna compasión, que fué presentarse en la galería de popa *del San Gerando*, una joven con los brazos tendidos hacia aquel que hacía tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta joven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los espectadores, particularmente cuando advertimos que nos hacía señal con la mano, aunque con cierto aire de nobleza y tranquilidad, como diciéndonos, adiós para siempre. Todos los marineros se habían echado al agua, menos uno que se conocía inten-

taba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritaron entonces todos los concurrentes: « ¡ Sálvala, sálvala; no la desampares! » Pero en aquel mismo instante, una montaña de agua se introdujo entre la isleta del Ámbar y la costa, y se balanceó bramando hacia el navío, al cual amenazaba con sus flancos negros y sus cimas espumosas y encrespadas. Á tan terrible aspecto el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zágalejos, puso la otra sobre el corazón, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo hacia el empíreo.

¡ Oh, día espantoso! ¡ ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por un sentimiento de huma-

nidad se habían acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre



caritativo, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la

arena, y exclamó : « ¡ Oh, Dios mío ! vos » me habéis salvado la vida; pero la » hubiera dado muy contento por esta » modesta y virtuosa doncella que jamás » ha querido desnudarse como yo. »

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oídos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiándose repentinamente el viento como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podríamos tributar á esta malograda joven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternación y pena, no sólo nosotros, sino todos los que fueron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que perecieron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor

suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la Providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

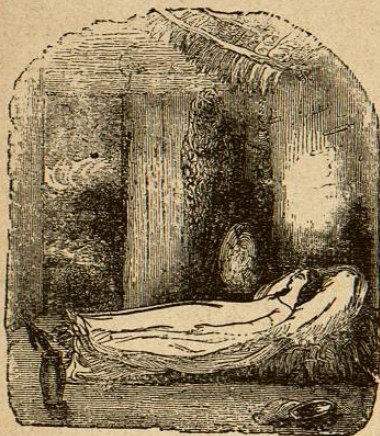
En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitación inmediata, donde le depositaron mientras volvía en sí, y se ponía en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á fin de preparar á la madre de Virginia y á su amiga, á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Cuando llegamos á la entrada del valle del río de los Lataneros, nos dijeron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del *San Gerando* en la playa de enfrente. Bajamos al instante á ella y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acabábamos de verla perecer. Sus facciones no estaban

sensiblemente alteradas: los ojos los tenía cerrados, aunque resaltaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veían confundidas en sus mejillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenía una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazón; pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenía en ella. Mas; cuál fué mi sorpresa cuando vi que era el retrato de Pablo, á quien había prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo golpeándose el pecho, penetraba el aire con dolorosos ayes. Llevamos el cadáver á una choza de pescadores, y se lo dimos á guardar entretanto á unas pobres mujeres de la costa de Malabar, que cuidaron de lavarle.

Mientras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros tem-

blando á la cabaña de madama de La Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del *San*



Gerando. Luego que me avistó madama de La Tour exclamó: « ¿Dónde está mi hija, la hija querida de mis entrañas? » ¿dónde está mi Virginia? » Y no pudiendo dudar de su desgracia, por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que